

FISIONOMÍA

Benito Jerónimo Feijoo

I

He visto que algunos discretos, al notar la escasez de voces que padecen aun los idiomas más abundantes, se quejan de que faltan nombres para muchas cosas; pero nunca vi quejarse alguno de que faltan nombres para muchos nombres. Sin embargo, ello sucede así, y esta segunda falta nos debe ser más sensible que la primera. Los nombres de todas las artes divinatorias, y aun de otras algunas que no lo son, están ociosos en los diccionarios, por falta de objetos. ¿Qué significa esta voz *astrología*? Un arte de pronosticar o conocer los sucesos futuros por la inspección de los astros. Gran cosa sería tal arte si la hubiese; pero la lástima es, que sólo existe en la fantasía de hombres ilusos. ¿Qué significa esta voz *crisopeya*? Un arte de transmutar los demás metales en oro. ¡Gran cosa sin duda! Pero ¿dónde está esta señora? Distante de nosotros muchos millones de leguas, pues no salió hasta ahora de los espacios imaginarios. Ya ve el lector adónde camino.

Esta voz *fisionomía* significa un arte, que enseña a conocer, por los lineamientos externos y color del cuerpo, las disposiciones internas, que sirven a las operaciones del alma. Decimos en la definición *del cuerpo*, no precisamente del rostro, porque la inspección sola del rostro toca a una parte de la fisionomía, que se llama *metoposcopia*. Así, la *fisionomía* examina todo el cuerpo; la *metoposcopia* sólo la cara. Facultad precisa, si la hay; pues le es importantísimo al hombre, para todos los usos de la vida civil, conocer el interior de los demás hombres. Pero el mal es, que la cosa falta y el nombre sobra.

Paréceme a mí, que los que de la consideración de las facciones quieren inferir el conocimiento de las almas, invierten el orden de la naturaleza, porque fían a los ojos un oficio, que toca principalmente a los oídos. Hizo la naturaleza los ojos para registrar los cuerpos, los oídos para examinar las almas. A quien quisiere conocer el interior del otro, lo que más importa no es verle, sino oírle. Verdad es, que también este medio es falible, porque no siempre corresponden las palabras a los conceptos; mas una atenta observación, por la mayor parte descubrirá el dolo, siendo el trato algo frecuente, y al fin padecerán muchas veces ilusión los oídos; mas nunca, siguiendo las reglas fisionómicas comunes, alcanzarán la verdad los ojos.

II

El principal fundamento (omitiendo por ahora otro que tiene lugar más cómodo en el discurso siguiente)⁽³²⁾ de los que defienden la fisionomía como arte verdaderamente conjetural, es la observada proporción del cuerpo con el alma, de la materia con la forma. A distintas especies de almas corresponden organizaciones específicamente diversas. Cada especie de animales tiene su particular conformación, no sólo en los órganos internos, mas también en los miembros exteriores; de modo que la figura es imagen de la sustancia y sello de la naturaleza.

De la especie pasan los fisionomistas al individuo, pretendiendo, que, como la diversidad específica y esencial, digámoslo así, de figura, arguye diversa substancia y diversas propiedades en la forma, la accidental, que hay dentro de cada especie, no sólo en la figura, mas también en textura y color, debe inferir distintas inclinaciones, pasiones, afectos y más o menos robustas facultades en cada individuo, salvando la uniformidad esencial de la especie.

Supuesto este fundamento del arte, establecen sus reglas generales; esto es, señalan los principios de donde se deben derivar la particulares. Estos principios son cinco. El primero, la analogía en la figura con alguna especie de animales. El segundo, la semejanza con otros hombres, cuyas cualidades se suponen exploradas. El tercero, aquella disposición exterior, que inducen algunas pasiones. El cuarto, la representación del temperamento. El quinto, la representación de otro sexo. Por el primer principio se dirá, que es animoso aquel hombre cuya figura simbolizarse algo con la del león. Por el segundo se dirá, que es tímido aquel que en el aspecto se parece a otros hombres que sabe son tímidos. Por el tercero, que es mal acondicionado el cejijunto, porque el que está enfadado suele juntar las cejas, arrugando el espacio intermedio. Por el cuarto, que es melancólico el de tez morena y arrugada, porque el humor atrabiliario se supone negro y seco. Por el quinto se dice, que los muy blancos son débiles y tímidos, porque este color es propio de las mujeres. Basta para explicación de cada regla un ejemplo.

Aristóteles, que trató de intento esta materia, propone estos cinco principios, aunque con tanta confusión, que es casi menester un nuevo arte fisionómico para explorar, por la superficie de la letra, la

mente del autor. Esto puede atribuirse a la impericia del intérprete, que tradujo el libro de fisionomía de griego en latín. Pero la falta de método, que reina en toda la obra, hace sospechar que se partió opuesto a Aristóteles, siendo cierto, que en el orden y distribución metódico excedió este filósofo a todos los demás de la antigüedad.

Mas, se o no de Aristóteles el libro de fisionomía, que anda entre sus obras, decimos que los principios señalados son vanos, antojadizos y desnudos de razón.

III

Empezando por el primero, ¿quién no ve que por más que se parezca un hombre al león en la figura, mucho más se parecerá a otro hombre que es tímido? ¿Cómo, pues, puede preponderar para creerle animoso la semejanza imperfectísima que tiene con un animal robusto y atrevido, sobre otra, mucho más perfecta, con un animal cobarde? Más: es sin duda, que muchos brutos muy estúpidos son mucho más Semejantes al hombre en la figura que el elefante; no obstante lo cual, éste se parece mucho más que aquellos al hombre en la facultad perceptiva del alma. ¿Qué diremos del gobierno económico de las hormigas? ¿De la sagaz conducta de las abejas? Estas dos especies de animalillos distan infinito de la figura, textura y color del hombre; sin embargo de lo cual finitan la industria y gobierno civil del hombre, con suma preferencia a otros brutos, cuya traza corporal se acerca mucho más a la nuestra.

Juan Bautista Porta, que escribió un grueso libro de fisionomía, trabajó con tan prolijo cuidado en la aplicación de esta primera regla del arte, que hizo estampar en su obra las figuras de varios hombres, careadas con otras de algunas especies de brutos, pero tan infelizmente, que este careo más sirve al desengaño que a la persuasión. Porque (pongo por ejemplo) parecen allí la figura de Platón y la del emperador Galba, sacadas de antiguos mármoles, cotejadas, y con alguna, aunque diminutísima semejanza, la primera a la de perro de caza, y la segunda a la del águila. ¿Qué semejanza tuvieron en las cualidades del ánimo, ni Platón con un perro ni Galba con el águila? Antes bien cuadraría mucho mejor la semejanza del águila a Platón, por los generosos y elevados vuelos de su ingenio.

IV

El segundo principio, si sólo pide la imitación de un hombre a otro en una, dos o tres señales, inferirá cualidades opuestas en un mismo individuo; porque, pongo por ejemplo, carne blanda, cutis delicado y estatura mediana se dan por señales de ingenio, por haberse observado estas tres cosas en algunos hombres ingeniosos; pero del mismo modo serán señales de estupidez, porque se encuentran las mismas en innumerables estúpidos. Pero, si pide el complejo de mucho mayor número de señales, digo que será rarísima la concurrencia de todas ellas en un individuo, y por consiguiente, moralmente imposible la observación. Explicareme: el padre Honorato Niquet, que goza la opinión de haber escrito de fisionomía, con más juicio y exactitud que todos los que le precedieron, pone catorce señales de buen ingenio, que son: carne blanda, cutis delgado, mediana estatura, ojos azules o rojos, color blanco, cabellos medianamente duros, manos a gas, dedos largos, aspecto dulce o amoroso, cejas juntas, poca risa, frente abierta, sienes algo cóncavas, la cabeza que tenga figura de mazo. Yo he visto y tratado muchos hombres ingeniosos, pero en ninguno he encontrado este complejo de senas. ¿Cómo podrá, pues, la observación experimental asegurarnos de que hay alguna verdad en esta materia?

V

El tercer principio no tiene más fundamento que una mal considerada analogía. Según la regla que él prescribe, se deducirá que el que es encendido de rostro es verecundo, porque la vergüenza enciende el rostro, trayendo a él la sangre. Pero ¿no se ve que nacen de distintísimo principio uno y otro incendio? El actual, que excita la vergüenza, viene del movimiento que da a la sangre esta pasión. El habitual y estable proviene, a lo que yo juzgo, de que las venas capilares, que discurren por el ámbito del semblante, son más anchas, y por consiguiente, reciben mayor copia de sangre. Acaso también, por ser más delgadas y transparentes sus túnicas, juntamente con el cutis, se hace más visible aquel rojo licor y se representa el rostro bañado del color sanguíneo.

VI

El cuarto principio supone dos cosas, la una cierta, pero la otra falsa. La cierta es, que así las inclinaciones y pasiones naturales, como la mayor o menor aptitud de potencias internas y externas, dependen en gran parte del temperamento. He dicho en gran parte, por no quitar la que se debe conceder a la organización, entendida ésta como la hemos explicado en el discurso de *Defensa de las mujeres*. Lo que supone falso aquel principio es, que el temperamento individual pueda conocerse por los lineamientos, color o textura del rostro. Que el temperamento consista en la mixtión de las cuatro primeras cualidades, como juzgan los galénicos, que en la combinación de mil millares de cosas, por la mayor parte incógnitas a nosotros, como yo pienso, lo que no tiene duda es, que no hay medio alguno para conocer el temperamento individual de cada hombre, con aquella determinación, que se requiere, para juzgar de su índole, capacidad, afectos, etc. ¿Qué haremos con saber, si aun siquiera eso se puede conocer por el rostro, que éste es pituitoso, aquél melancólico, el otro colérico, sanguíneo, etc.? ¿Quién no observa cada día, dentro de cualquiera de las nueve clases de temperamentos, que establecen los galénicos, hombres de diversísima índole y capacidad? Hay sanguíneos, pongo por ejemplo, de excelente ingenio, y sanguíneos muy estúpidos; sanguíneos de bella índole y sanguíneos de perversas inclinaciones; sanguíneos animosos como leones, y sanguíneos tímidos como ciervos.

Aun en los respectivo precisamente a la medicina es impenetrable el temperamento. ¿Qué galénico presumirá entender más de temperamentos que el mismo Galeno? Pues Galeno confesó su ignorancia en esta parte, y llegó a decir, que se tendría por otro Apolo o Esculapio, lo mismo en su intención que tenerse por deidad, si conociese el temperamento de cada individuo.

VII

La falsedad del quinto principio se descubre diariamente por la experiencia, pues a cada paso se ven hombres muy blancos y muy animosos y valientes. Los habitantes de las regiones septentrionales, que son mucho más blancos que nosotros, son también más fuertes y más audaces.

VIII

Descubierta la vanidad de las reglas generales de la fisionomía, ocioso es impugnar las particulares, pues éstas se infieren de aquellas, y nunca puede de antecedente falso salir consiguiente verdadero.

IX

Alegan los fisionómicos a favor de su profesión algunos experimentos decantados en las historias. Los más famosos son los siguientes: un tal Zopiro, que se jactaba de penetrar por la inspección del semblante todas las cualidades de los sujetos, viendo a Sócrates, a quien nunca había tratado, pronunció que era estúpido y lascivo. Fue reído de todos los circunstantes, que conocían la sabiduría y continencia de Sócrates. Pero el mismo Sócrates defendió a Zopiro, asegurando que éste realmente había comprendido los vicios que tenía por naturaleza; pero que él había corregido la naturaleza con razón y el estudio. Refiérela Cicerón.

En el *Teatro de la vida humana*, citando a Aristóteles se lee que otro metoposcopo, llamado Filemón, dijo casi lo mismo de Hipócrates, habiendo visto una pintura suya; y que habiéndose indignado contra él los discípulos de Hipócrates, éste absolvió a Filemón, del mismo modo que Sócrates o Zorpiro.

Plinio, ponderando la excelencia de Apeles en la pintura, cuenta que sacaba las imágenes de los rostros tan al vivo que un profesor de la metoposcopia por ellas infería los años que habían vivido o habían de vivir los sujetos representados en ellas.

Estando el sultán Bayaceto resuelto a quitar la vida a Juan, duque de Borgoña, llamado *el Intrépido*, a quien había hecho prisionero en la batalla de Nicópolis, se dice que un fisionomista turco le hizo retroceder de aquella resolución, porque habiendo hecho atenta inspección de su rostro y cuerpo, le aseguró al Sultán, que aquel prisionero había de causar inmensa efusión de sangre y cruelísimas guerras entre los cristianos. Cuéntalo Ponto Heutero, en su *Historia de Borgoña*. Lo que no tiene duda es, que aquel revoltoso duque fue autor y conservador de unas pertinaces guerras civiles, que bañaron de sangre toda la Francia.

Escribe Paulo Jovio que Antonio Tiberto natural de Cesena, célebre fisionomista, pronosticó a Guidón Balneo, muy favorecido de Pandulfo Malatesta, tirano de Arimino, que un íntimo amigo suyo le había de quitar la vida, y al mismo Pandulfo que había de ser arrojado de su patria y morir en suma miseria. Uno y otro

sucedió. Guidón murió a manos del tirano, y éste murió desterrado, pobrísimo y abandonado de todo el mundo.

Algunos que quieren que también haya santos abogados de la fisionomía, añaden el ejemplo de san Gregorio Nacianceno, el cual, viendo en Atenas a Juliano Apóstata, y considerando su rostro y cuerpo, exclamó: ¡Oh cuánto mal se cría en este joven al imperio romano! Y el de san Carlos Borromeo, que no admitía a su servicio sino gente de buena cara y cuerpo, diciendo que en cuerpos hermosos habitaban también hermosas almas.

X

Todas estas historias no hacen fuerza alguna. A la primera digo, que aun suponiendo gratuitamente su verdad, no favorece al arte fisionómico, pues Zopiro, diciendo que Sócrates era estúpido, evidentemente erró el fallo. Sócrates, prescindiendo de la sabiduría, que pudo adquirir con el estudio, naturalmente era agudísimo y de sublime ingenio; con que el fisionomista en esta parte desbarró torpemente, y la confesión del filósofo sólo pudo caer, siendo verdadera, sobre la propensión a la incontinencia, la cual, a la verdad, suele figurarse mayor a los que con más cuidado la reprimen, porque el miedo del enemigo engrandece sus fuerzas en la idea. Así, aunque Sócrates no tuviese más que una inclinación ordinaria a la lascivia, la juzgaría excesiva, y Zopiro la inferiría, no del rostro, sino del concepto común de que pocos hombres hay, que no reconozcan en sí este enemigo doméstico. He procurado buscar en Aristóteles la especie del metoposcopto Filemón, y no la hallé. Acaso es ésta una de las muchas citas falsas que hay en los vastos libros del *Teatro de la vida humana*. Doy que sea verdadera. El acierto de Filemón se deberá al acaso. Fácilmente se acreditará de fisionomista con el vulgo cualquiera que se jacte de adivinar las inclinaciones viciosas de los hombres por el rostro; porque, como poquísimos gozan un temperamento tan feliz y tan proporcionado a la virtud, que no sientan los estímulos de algunas pasiones, en poquísimos se errará el fingido escrutinio.

La noticia de Plinio tiene malísimo fiador en Apión. Este célebre gramático fue igualmente célebre embustero, como mostró bien en el tratado que escribió contra los judíos, todo lleno de mentiras y calumnias. Y ¿qué fe se debe dar a un hombre, el cual publicaba, que con la yerba mágica osiritis había evocado el alma de Homero del infierno, para preguntarle de qué patria era? Plinio, que refiere como tal esta mentira de Apión, y hace de ella la irrisión debida, pudo ejecutar lo mismo con la adivinación de los años de vida, por la inspección de las pinturas de Apeles.

Ponto Heutero refiere lo del fisionomista turco, sin afirmarlo, pues sólo dice, que algunos lo escribieron: *Sunt qui scripsere*. Y aunque lo afirmase, ¿qué fe merecía una noticia tan extravagante, que para su comprobación aún serían pocos cien testigos de vista?

Doy, que por el semblante pueda conocerse, que un hombre es feroz, osado, inquieto, ambicioso, como lo era el duque Juan. Esto no bastaba para pronosticar los grandes males, que había de causar a una parte de la cristiandad. Estos se ocasionaron de la muerte del duque de Orleans, ejecutada por el duque de Borgoña; y el motivo de ella fue celo por el público, o verdadero o aparente, contra la mala administración del reino, cuyo gobierno tenía en sus manos el duque de Orleans, como se lee en algunos autores; o venganza de una injuria personal gravísima, como refieren otros. ¿Pudo, por ventura, el fisionomista turco leer en el semblante del duque Juan, ni que el duque de Orleans había de gobernar tiránicamente el reino de Francia, ni que había de manchar, o de palabra o de obra, o con la solicitud, o con el efecto, o con la jactancia de haber conseguido lo que no consiguió (que toda esta variedad hay en la narración) el honor del tálamo del duque de Borgoña?

Esta misma reflexión sobra para desvanecer la relación de Paulo Jovio. ¡Qué insensatez! Creer que el infeliz Guidán descubría en sus facciones la traición que había de cometer con él un amigo suyo. ¿No es demasiadamente hartos para la fisionomía, el permitirle que el hombre traiga estampadas en el rostro sus propias maldades, sino que ha de extender la pretensión a la ridícula quimera de que también se lean en él las maldades ajenas? Ya en otra parte hemos insinuado la poca fe que merece Paulo Jovio, tratando de las maravillosas predicciones, que este autor atribuye a Bartolomé Cocles, por medio de la quiromancia.

Lo de que el Nacianceno conociese el perverso ánimo de Juliano por la precisa inspección de los lineamientos del cuerpo, es falso. La verdad es, que le trató muy despacio en Atenas, donde concurrieron los dos a estudiar, y el trato se le dio a conocer en palabras, acciones y movimientos, que es todo lo que se puede colegir de lo que el mismo santo doctor dice sobre este punto, en la oración segunda contra Juliano.

El ejemplo de san Carlos Borromeo nada favorece a los fisionomistas, pues éstos pretenden que un cuerpo bien dispuesto y un rostro hermoso sean índices del complejo de virtudes intelectuales y morales, en que consiste la hermosura del alma; antes para muchas de aquellas proponen tales señales, que no dejará de

ser muy feo el hombre en quien concurran. Pongo por ejemplo: según Aristóteles, nariz redonda y obtusa, ojos pequeños y cóncavos, son señales de magnanimidad; cabellos levantados arriba, de mansedumbres; ojos lacrimoso, de misericordia. Según el padre Niqueto, cuerpo pequeño, ojos pequeños y color macilento con señales de ingenio; cuello encorvado, de buena cogitativa; color escuálido, de ánimo fuerte; grandes orejas, de buena memoria. A esta cuenta será ingenioso, magnánimo, misericordioso, manso, fuerte, de buena memoria y cogitativa, el que fuere corvado, legañoso, macilento, escuálido, tuviere grandes orejas, los cabellos revueltos arriba, ojos pequeños y cóncavos, la nariz redonda y obtusa. Cierto que un hombre tal será extramadamente hermoso.

Puede ser que aquel grande arzobispo amase la compañía de gente hermosa, por tener siempre delante de los ojos, en la belleza de las criaturas, un excitativo para elevar la mente a la hermosura del Criador. Mas si el motivo era el que se señala en el argumento, persuádome a que el Santo no atendería media y proporción de facciones y miembros, sino la otra que resulta al rostro de las buenas disposiciones del alma, y que como efecto de la hermosura del espíritu, la representa. Lo que explicaremos adelante.

XI

Aunque lo que hemos dicho hasta aquí nos persuade bastante que es vano y sin fundamento cuanto está escrito de fisionomía, no tenemos nuestras razones por tan concluyentes, que no pueda apelarse de ellas a la observación experimental. Y como yo no la he hecho ni puedo hacer por mí mismo, pues mis ocupaciones no me permiten gastar el tiempo en eso, me ha parecido poner aquí dividida en distintas tablas, toda la doctrina fisionómica del jesuita Honorato Niqueto, que, como arriba dije, tiene la reputación de haber escrito en esta materia con más acierto que otros, por si algunos lectores, que están ociosos, quisieren aplicar algunos ratos a la diversión honesta de examinar con su observación, si efectivamente hay alguna correspondencia de los pretendidos signos a los significados.

Apéndice

Algunos grandes hombres han sido de sentir, que la hermosura del cuerpo es fiadora de la hermosura del ánimo, como, al contrario, un cuerpo disforme infiere una alma mal acondicionada. Así san Ambrosio: *Species corporis simulachrum est mentis, figuraque probitatis*. San Agustín: *Imcompositio corporis inaequalitatem indicat mentis*. Mas a la verdad, la expresión *incompositio corporis* más significa desorden y falta de gravedad o de modestia en los movimientos, que fealdad. El abad Panormitano: *Rarenter in corpore deformi nobilis, formosusque animus residet*. El médico Rasis: *Cuius facies deformis, vix potest habere bonos mores*. Del mismo dictamen son Tiraquelo y otros jurisconsultos, entre los cuales el célebre Jacobo Menochio llegó al extremo de pronunciar ser imposible, que hombre totalmente feo sea bueno: *Fieri non potest, ut qui omnino diformis est, bonus sit*.

Lo que suelen decir los vulgares de los que padecen alguna particular deformidad, que están señalados de la naturaleza o de la mano de Dios, para que los demás hombres se precaucionen de ellos, no es máxima tan privativa del vulgo, que no la hayan proferido sujetos nada vulgares. Dicen que Aristóteles frecuentemente repetía, que se debía huir de los que la naturaleza había señalado: *Cavendos quos natura notavit*. Jerónimo Adamo Baucceno exprimió lo mismo en estos versos:

*Sunt sua signa probis: nam consentir videntur
Et mens, et corpus: sunt quaeque signa malis.
Illos diligito; sed quos natura notavit
Hos fuge: gens foenum cornibus illa gerit.*

Y de la Antología griega se tradujo el siguiente epigrama:

*Clauda tibi mens est, ut pes: natura notasque
Exterior certas interioris habet.*

Vulgarísimo es el de Marcial:

*Crine ruber, niger ore, brevis pede, lumine luscus,
¡Rem magnam praestas. Zoile, si bonus est!*

¿Pero habrá algo de verdad en esto? Respondo, que sí. Mas es menester proceder con distinción. Si se hablar de aquella parcial hermosura o fealdad, que proviene de la buena o mala temperatura del ánimo, en la forma que explicamos en el discurso sobre el *Nuevo arte fisionómico*, la hermosura o fealdad del cuerpo, como efecto suyo, infiere la hermosura o fealdad del alma. Así, un rostro sereno, gesto amable, ojos apacibles, arguyen un genio dulce y tranquilo; sin que esta señal se contrarreste, poco o mucho, por la fealdad de las facciones; y realmente esta especie de hermosura es la que más atrae y prenda. Por ella, según dice Plutarco, fue Agesilao, rey de Esparta, aunque de cuerpo pequeño y nada bien figurado, más amable que los más hermosos, no sólo en la juventud, mas aun en la vejez: *Dicitur pusilus fuisse, et specie aspernanda. Caeterum hilaritas eius, et alacritas omnibus horis, urbanistasque, aliena ab omni, vel vocis, vel vultus morositate, et acervitate, amabiliorem eum ad senectutem usque praebuit omnibus formosis.* Al contrario, un gesto áspero, un modo de mirar torvo, unos movimientos desabridos, aunque, por otra parte, las facciones sean muy regulares, constituyen una especie de fealdad, que no pronostica favorablemente en orden al interior. Pero es menester irse con mucho tiento en la ilación; porque hay quienes a la primera inspección representan muy diferentemente de lo que significan, tratándolos algo.

Si se habla de la hermosura y fealdad, que consiste en la proporción o desproporción de las facciones, color del rostro, etc., digo, que ésta no tiene conexión alguna natural con las calidades del ánimo. Es más claro que la luz del mediodía, así por razón como por experiencia, que nariz torcida o recta, orejas grandes o pequeñas, labios rubicundos o pálidos, y así todo lo demás, nada infieren en orden a aquel temperamento o disposición interna de que penden las buenas y malas inclinaciones.

Pero por accidente puede influir algo, y en efecto influye en algunos, la deformidad del cuerpo en la del ánimo. Hay algunos hombres, que son malos porque son disformes, siendo en ellos la deformidad causa remota ocasional de la malicia. Es importantísima la advertencia que voy a hacer sobre el asunto. Los que tienen alguna especial deformidad, si no son dotados de una y otra ventajosa prenda, que los haga espectables, son objeto de la irrisión de los demás hombres. Esta experiencia los introduce un género de

desafecto y ojeriza hacia ellos; porque es naturalísimo, que un hombre no mire con buenos ojos a quien le insulta y escarnece sobre sus faltas, con que, al fin, muchos de éstos, que sueltan la rienda a aquella pasión de desafecto, se hacen dolosos y malévolos hacia los demás hombres, de que resulta cometer con ellos varias acciones injustas y ruines. Tal vez, no sólo a los que los mofan, a todos extienden su mal ánimo, por hacer concepto de que todos los miran con desprecio.

Esta consideración debe retraernos de hacer irrisión de nadie con el motivo de su fealdad. La justicia y la caridad nos lo prohíben; y, sobre pecar contra estas dos virtudes en aquella irrisión, nos hacemos también cómplices de la mala disposición de ánimo que ocasionarnos en el sujeto: él tiene justo motivo para quejarse de nosotros; y así, a nuestra insolencia debemos imputar cualquiera despique que intente su enojo. Escribieron algunos, aunque Plinio lo impugna, que habiendo hecho Búbalo y Anterno, famosos escultores, una efigie del poeta Hipponax, que era feísimo, por hacer burla de él y porque todos la hiciesen, el poeta se vengó, componiendo contra ellos una sátira tan sangrienta, que despechados, se ahorcaron. No fue tan culpable el poeta en valerse de su arte para la venganza, como los estatuarios en usar de la suya para la injuria. Merecieron éstos el despique, porque aquél no había merecido la ofensa.

Cerca de nuestros tiempos tenemos un notable ejemplar de las violentas iras que excita en los sujetos feos la irrisión de su fealdad. Uno de los más ardientes y eficaces motores de la famosa conspiración contra el cardenal de Richelieu, en que intervinieron el duque de Bullon, Enrique, marqués de Cinqmars, gran caballero de Luis XIII, y Francisco Augusto Tuano, consejero de Estado, fue un caballero francés, llamado Fontralles, hombre de gran sagacidad y osadía. Éste, no sólo produjo la última disposición a la empresa, agitando el espíritu fogoso de Cinqmars; mas se encargó de la parte más difícil y arriesgada de ella, que fue venir a la corte de Madrid a negociar con el conde-duque de Olivares, primer ministro a la sazón de esta monarquía, asistencia de tropas españolas para el empeño, como en efecto concluyó con aquel ministro el tratado que deseaba, y lo llevó firmado a Francia; bien que, siendo a tiempo descubierto el proyecto por el Cardenal, todo se desvaneció; y el Tuano y Cinqmars perdieron las vidas en el cadalso, salvándose con la fuga

el astuto Fontralles. Pero ¿qué movió a este hombre a fomentar la conspiración, y tomar a su cuenta los pasos más arriesgados de ella? Aquí entra lo que hace a nuestro propósito. Era Fontralles, sobre corcovado, de muy feas facciones. Complacíase el Cardenal, muy de ordinario, en burlarse de él, diciéndole varias chanzonetas sobre este asunto. Éste fue todo el motivo que hubo, de parte de Fontralles, para arriesgar vida y honra, solicitando la venganza.

Los feos, que son agudos y prontos en decir, tienen en este talento un gran socorro para desquitarse de los que los zahieren sobre su mala figura. Un donaire picante los venga bastante, para quedar sin mucho sentimiento de la burla. Habiendo ido Gallias Agrigentino, hombre muy feo, pero de excelentes dotes de ánimo, con el asunto de cierta negociación, de parte de su ciudad, a la de Centoripo, congregadoslos de este pueblo para recibirle, al ver su torpe aspecto, se soltaron todos en descompuestas carcajadas. Mas él, muy sobre sí, «Centoripinos, les dijo, no tenéis que extrañar mi fealdad; porque es costumbre en Agrigento, cuando se hace legacia a alguna grande y noble ciudad, elegir para ella algún varón de gallarda presencia; más cuando se trata de despachar legado a un pueblo ruin y despreciable, se echa mano de uno de los ciudadanos más feos.» Hermoso despique. Es verdad que este recurso no sirve, o sería muy arriesgado, cuando el insultado es súbdito del que insulta, o de clase muy inferior a la de éste.

Verdaderamente, juzgo inhumanidad y barbarie hacer de la fealdad asunto para el oprobio; porque es hacer padecer al hombre por lo que en él es inculpable. Y aun, si se nota que se le hiere, no por lo que él hizo, sino por lo que Dios hizo en él, se hallará, que en alguna manera se toma por blanco de la irrisión la Deidad.

Por lo que hemos dicho de la conexión o inconexión de la deformidad del cuerpo con la del alma, se puede hacer crisis de la estimación, que tiene entre los jurisconsultos esta seña, cuando se trata de averiguar el autor de algún delito.